

La conferencia de Viena

DENTRO DEL EQUILIBRIO DEL TERROR

EDUARDO HARO TECGLÉN

BREJNEV y Carter no han sido dos interlocutores brillantes en Viena. Las imágenes nos han mostrado unas personas agotadas. Y la anécdota de la ópera de Viena es significativa: ninguno de los dos pudo llegar a ver el final de una obra de Mozart y se retiraron al mismo tiempo —probablemente fue su primer acuerdo—, invadidos por el sueño y el cansancio. Y todavía no habían comenzado. Estamos lejos de los encuentros resplandecientes y vivaces de otros tiempos. Se ha dicho que la principal preocupación de la numerosa delegación de Estados Unidos en la conferencia fue la de sondear a los soviéticos para tratar de averiguar quién será el sucesor de Brejnev, minado por los años y la mala salud; mientras que la delegación soviética estaba especialmente empeñada en apoyar, en sostener a Carter, minado por el Senado. Carter ha sido un considerable enemigo de la URSS durante los dos años y medio que lleva de Presidencia: ha fortalecido a China, ha eliminado a los soviéticos de las negociaciones de Oriente Medio por la vía del acuerdo entre Egipto e Israel, ha continuado la penetración por Rumania y ha vuelto a colocar en el mundo, con un éxito que no tuvieron nunca sus predecesores, la imagen de una Unión Soviética dictatorial, violadora de las libertades y de los derechos humanos; ha sido el Presidente que ha creado el ambiente para que los partidos comunistas europeos llegaran a colaborar con él en esta campaña antisoviética, dejándoles entender que por

esta vía serían recibidos en la sociedad occidental, y luego les ha cortado el paso, les ha devuelto —o está devolviéndoles— a sus viejos "ghettos" de guerra fría.

Para completar el cuadro, en las vísperas de la reunión de Viena —una semana antes—, Carter anunció que ha-

como Hiroshima o sus equivalentes...

Y, sin embargo, la URSS sostiene y apoya a Carter. La construcción de la red de misiles está prevista en los acuerdos SALT II —que a su vez dan derecho a la Unión Soviética a la construcción e instalación de otros misiles



había decidido la fabricación de un nuevo misil intercontinental, el MX, de carácter móvil: doscientos misiles con diez cabezas nucleares cada uno; y cada una de estas cabezas, cada una de ellas, de 335 kilotoneladas, o sea, veinte veces la potencia de la bomba que destruyó Hiroshima. Multiplicando: en un momento dado, la red completa de los nuevos MX podría llevar a la URSS con una precisión de 150 metros para los objetivos elegidos, la destrucción de cuarenta mil ciudades

equivalentes—; lo que podría parecer agresivo y provocativo es anunciarlo en el momento de emprender el viaje. Pero Brejnev sabe también que esta es la única posibilidad que tiene Carter de que el Senado de los Estados Unidos ratifique el tratado; y que si lo rechaza no solamente Carter se encontrará en el peligro máximo para las elecciones de 1981, sino que también las relaciones de los dos países tendrán que sufrir. En ese juego están las declaraciones resignadas y malhumoradas

de los soviéticos en la firma del tratado, y los optimistas de Carter. Que no parezca en ningún momento que Estados Unidos pierda algo en esta negociación. Que Carter pueda regresar a Washington como vencedor: dentro, naturalmente, de unos límites... La posición soviética es en estos momentos defensiva. Hay una sensación de conservadurismo en todo el mundo occidental, conservadurismo que emana de los Estados Unidos. La opinión "dura" americana considera que el "cerco a la URSS" no ha sido hasta ahora más que una apariencia, mientras en la realidad se perdían bazas importantes: como la del Irán, que puede contrarrestar con creces el arreglo Egipto-Israel y significar penetración revolucionarista en toda Asia; o como el cambio, lento, de regímenes en América Latina.

Los nuevos Jefes del mundo occidental llegados en las últimas elecciones, o a punto de llegar en las que se aproximan, aprietan también sobre Carter. Margaret Thatcher, el canadiense Clark, quien sea designado en Italia primer ministro por la Democracia Cristiana, la inclinación a la derecha de Schmidt en Alemania Federal para cortar el terreno a los demócratas cristianos que pueden ganarlo por esa vía en las elecciones, Giscard, los militares de la OTAN, son un coro que rodea a Carter y le acusa de blando. Toda esta reacción occidental procede de lo mismo: un miedo creciente del aumento de revolucionarismo en el Tercer Mundo que pueda poner en peligro —ya lo está— el sumi-